

Una novela para no olvidar

La sombra de Orión

PABLO MONTOYA

Penguin Random House, Bogotá, 2021, 436 pp.

EN 2021, Penguin Random House publicó *La sombra de Orión*, sexta novela de Pablo Montoya (1963, Barrancabermeja), autor también de libros de cuentos, poemas y ensayos. En esta novela el escritor se ocupa de narrar, en 436 páginas, el antes, el durante y el después de la denominada Operación Orión, determinada por el gobierno nacional de Álvaro Uribe Vélez, recién posesionado en ese momento, 16 de octubre de 2002, como presidente de Colombia, y el gobierno local de Luis Pérez Gutiérrez, alcalde de la ciudad de Medellín, y llevada a cabo, teóricamente, por el Ejército colombiano y la Policía de la ciudad en la comuna 13, al occidente de la ciudad dividida administrativamente en comunas.

En el párrafo anterior hay una palabra que debo explicar, “teóricamente”, dado que es de mi peculio y se sale, pues, del contexto meramente narrativo. Pero ese adjetivo me lo sugirió, por así decirlo, la misma novela. La Operación Orión pretendía enfrentar la presencia, los negocios y la influencia ideológica de grupos como las Milicias Populares, las FARC, el Ejército Popular de Liberación y los Comandos Armados del Pueblo, todos de izquierda, y todos encaminados a engrosar sus ejércitos con el reclutamiento de menores de edad y a financiarse con extorsiones económicas y secuestros adentro y afuera de la comuna. Ejercían vigilancia para que no hubiera atracos callejeros y, en general, tenían control sobre la delincuencia común, y “control moral” sobre las costumbres y prácticas sociales. Trazaban fronteras invisibles, se repartían los trabajos y se vigilaban mutuamente. Las fuerzas del Estado, del Ejército y la Policía buscaban no solo restablecer el orden sino también llevar tranquilidad y justicia. Pero todo eso era “teóricamente”, porque mediante una invasión igualmente violenta es imposible llevar tranquilidad a ninguna parte. Además, esas fuerzas del Estado se valieron de la

“ayuda” del paramilitarismo, que ha cundido en el país. En la página 252 de la novela dice su voz omnisciente: “Toda ciudad, por más planificada y controlada que fuera, por más operativos militares que se hicieran sobre ella para expulsar unas aberraciones e implantar otras, entraba en el dominio de lo impredecible y lo fantasmal”.

En este punto es necesario advertir que el autor de la novela usa nombres cambiados, porque, como digo, esta es la narración ficticia, metaficcional (el escritor se vale de otro autor para narrarse y narrar los hechos) de una realidad (“las verdades de las mentiras”, según Vargas Llosa). Así, los nombres propios de los lugares y las personas son una ficción. Básicamente, porque quien escribe es un escritor y no un periodista o un historiador.

Pedro Cadavid, escritor y profesor universitario (álter ego del autor, presente también en otras de sus novelas, como *Los derrotados* y *La escuela de música*), narra los hechos, describe los personajes e investiga, mediante conversaciones con muchos de quienes protagonizan el antes, el durante y el después de la operación, ese balance final, ese maremágnun que es la Operación Orión. Pedro es, por decirlo así, el protagonista de la novela. Aunque uno está tentado de pensar que realmente la protagonista es La Escombrera, un botadero de escombros ubicado en la propia comuna, bastante mencionado en el relato, el lugar donde arrojaban los asesinados, hombres y mujeres, que engrosarían en adelante la escabrosa lista de los desaparecidos del país. Aunque esto último no está probado (ni la novela pretende hacerlo), pero sí es vox pópuli.

Pedro Cadavid, profesor en la universidad, se enamora de Alma Agudelo, quien vive en La Comuna y, en adelante, lo acompañará en sus numerosas visitas a los barrios para entrevistarse con distintos personajes del lugar. Estos irán, de a poco, entregando los elementos suficientes para hilvanar su novela, su historia del lugar, de la Operación Orión como tal, y de la gran violencia vivida en esa comuna en los tiempos de la famosa incursión, con epicentro en La Escombrera.

Medellín, en ese momento, es una ciudad en pleno combate de la idiosincrasia del narcotráfico (o traqueta), ya

que esta ha invadido casi todas las capas de la sociedad. Abundan los pequeños ejércitos de maleantes que dejó la caída estrepitosa de su máximo jefe y la lucha militar del Estado contra sus cabecillas más visibles. Pero casi nada ha cambiado en la ciudad respecto a ese predominio y esas costumbres. Esa es la ciudad a la que llega Pedro Cadavid, proveniente de Europa. Hasta en su propia familia se ven reflejadas esas costumbres, y en una ingeniosa analogía compara las famosas escaleras eléctricas de La Comuna, atractivo turístico del lugar, con la silicona en las tetas de las mujeres paisas y aun de muchas adolescentes casi niñas: pura apariencia.

Una volqueta les interrumpió el beso. Pasó al lado llevando los escombros que debía depositar. Era una actividad que, incluso en los tiempos de más violencia en La Comuna, no había menguado. En sus cargamentos, decían los rumores, llevaban cuerpos de hombres y mujeres.

Lo anterior lo dice la misma voz omnisciente, en el momento en que Pedro y Alma andan por La Escombrera y, en esas, se encuentran con Mateo Piedrahíta, el recolector de sonidos, quien se convertirá, sin duda, en un personaje muy atractivo de la novela. Vagabundaba por doquier y atrapaba sonidos de la ciudad en sus aparatos, pero La Comuna lo llenó de curiosidad y de sugestivos ruidos, desde aquellos de los helicópteros y las detonaciones de la operación, hasta “los susurros resquebrajados, los gritos contenidos, los resuellos agrietados, un pedazo de palabra entrecortada por los escombros”, decía. A veces ponía sus aparatos sobre el suelo de La Escombrera y captaba todo eso, pero otras veces esos aparatos enmudecían: los muertos estaban muy abajo, enterrados por muchas capas de escombros (la fosa común más grande del país, dice la novela en un momento determinado). El centro de Medellín (y el centro de todos los municipios que forman su área metropolitana) produce en sus calles muchos sonidos relacionados con el sinfín de voceadores que ofrecen sus mercancías en carretas, calles y aceras; con los muchísimos carros, en parte destartados y vomitadores de humo, y con el griterío natural de la gente en las vías y en los vehículos de

NOVELA		RESEÑAS
<p>servicio público. A Piedrahíta se le ocurre que, también, se pueden capturar las voces desgarradas de las víctimas (“domesticar la muerte”). Esas voces lánguidas y esos lamentos, podría yo agregar, le faltaron a una obra de arte que se ocupó, en grabaciones y videos, del fenómeno de los sonidos en la ciudad, hace algunos años.</p> <p>Antes del capítulo final de la novela viene uno de los apartes, para mí, más importantes, no solo por lo que significa propiamente en esta larga y no terminada historia de la Operación Orión en La Comuna, sino también por su altísimo valor literario; esas voces fantasmales de personajes que yacen bajo tierra y bajo los escombros. Muertos que hablan asuntos primordiales para entender lo que ha pasado en ese sector y, por contera, en toda la ciudad, como esos personajes muertos que hablan y urden sentimientos en Comala, en la novela de Juan Rulfo, o en los epitafios en forma de poemas de los habitantes muertos de Spoon River, de Edgar Lee Masters. Ese capítulo lleva por título “La Escombrera”. Cada caso narrado por el asesinato de turno está encabezado por una pequeña cruz, a manera de título (para qué más). Ofelia María Cifuentes, quien comienza los desgarradores relatos, dice:</p> <p>Vengo del fuego y voy hacia él. Soy tierra calcinada. En mi sangre, brasas sin tregua. Resuenan las reyertas en mí como si yo fuera la extensión de un desagravio jamás consumado. Y estoy en La Escombrera. [...] ¿Sabes por qué lo hicieron, Pedro? Porque les daba tinto a los milicianos. Porque coqueteé con uno de ellos [...]. (p. 299)</p> <p>Y Albertina Estela Gómez termina el capítulo:</p> <p>[...] Me detuvieron cerca del tejlar. Había salido de la biblioteca de doña Elsa. Me gustaba meterme allí a leer poesía. Sentía que me desprendía del tiempo [...]. ¿Eras novia de Carlitos? Preguntaron. Asentí con la cabeza. Me dijeron puta e hija de puta. [...] Allí me violaron. [...] El conductor les obedeció y dejó caer el contenido de la volqueta sobre mí. [...] ¿Piensas que algún día me encontrarán? ¿Crees que tu escritora lo hará? ¡Qué iluso eres, Pedro! (pp. 382-383)</p>	<p>Pedro se enfermó de tanto muerto, de tanto asesinado, de tantas palabras de dolor, de tanto sufrimiento que se tornó, con el paso del tiempo, suyo. Él frecuentó todos esos espacios y todos esos testimonios buscando que le dieran alimento a su novela, que le dieran el agarre y la verdad de todo eso. Y lo consiguió. Alma y la mamá de Alma y la biblioteca del barrio y el músico y el cartógrafo y las monjas y su imaginación y sus lecturas y su escritura y los otros amigos que también lo acompañaron le ayudaron a reconstruir la historia del antes, el durante y el después de la Operación Orión. Pero Pedro se enfermó.</p> <p>El último capítulo del libro es “La cura”, en el cual Pedro acompañado siempre de Alma (quien le hizo posible, con su amor a toda prueba, atravesar ese duro camino, y para solaz del lector hay largos pasajes eróticos) se pone en manos de taitas indígenas expertos en alivios del alma, mediante remedios como el yagé, que hace alucinar y vomitar. “La ciudad entera salía caudalosamente por su boca”, dice en un momento el narrador omnisciente.</p> <p>La literatura de Pablo Montoya, en el sentido de sus obsesiones ante una ciudad como Medellín, no empieza con esta novela. Su libro de cuentos <i>Réquiem por un fantasma</i> (el cuento “Exhumación” ya trae el tema de los desaparecidos y las tumbas colectivas), de 2006, está en esa tónica. Lo mismo que <i>El beso de la noche</i> (el cuento “Las formas del silencio” ya presupone al músico de la novela que comento), de 2010, y la novela que le dio fama allende las fronteras, <i>Tríptico de la infamia</i>, de 2015: aunque es la historia de tres artistas europeos, también lo es de las matanzas de indígenas en América y, por lo tanto, la historia del dolor y de la muerte que le corre cerca, que se instala en sus predios.</p> <p>La cura del protagonista de <i>La sombra de Orión</i> es una suerte de metáfora que involucra a Pablo Montoya, el creador de todo esto. Él consigue igualmente su resarcimiento, casi siempre, con más literatura, nos da otras historias donde juega ya su vasto conocimiento del mundo y donde se cuida lo suficiente de no ser exhibicionista ni odiosamente intelectual. Ahí están, para demostrarlo, las novelas <i>La sed del ojo</i> y <i>Lejos de Roma</i>, y los</p>	<p>libros de ensayos y de poemas <i>Música de pájaros</i>, <i>Adiós a los próceres</i>, <i>Un Robinson cercano</i> y <i>Solo una luz de agua</i>, entre otros.</p> <p>Antonio Caballero, en la reseña dedicada a la exposición de Francis Bacon en el Centro Pompidou de París, incluida en su libro <i>Paisaje con figuras</i> (El Malpensante, 1999), comienza así: “Un cuadro de Francis Bacon es como una patada en el plexo solar, que lo deja a uno sin aliento. Ochenta cuadros de Francis Bacon son como ochenta patadas en el plexo solar. [...] Bacon es a la vez un pintor delicado y tremendo, como suelen ser los más grandes”. Este comentario de Caballero sobre Bacon bien sirve para describir en muy pocas palabras <i>La sombra de Orión</i> y los restantes libros de Pablo Montoya sobre las atrocidades de la violencia.</p> <p style="text-align: right;">Luis Germán Sierra J.</p>